

DEL CLIMA DE MÉXICO.

Si quisiera empeñarme en rebatir todos los despropósitos que Mr. de Paw escribe contra el clima de América, sería necesario emplear, en lugar de una disertación, un volumen. Basta decir que ha recogido todo lo que se ha dicho y escrito, con razón ó sin ella, contra diversos países particulares de América, para representar á sus lectores un conjunto monstruoso y horrible; sin echar de ver que si quisiéramos imitar su ejemplo y adoptar su sistema á los diversos países de que se compone el antiguo continente, lo que no sería difícil, resultaría un retrato no ménos espantoso. Pero dejemos esto, como ajeno de nuestro propósito, y limitémonos á hablar sobre el clima de México.

Siendo este país tan vasto y hallándose dividido en tantas provincias, tan diversamente situadas, no es extraño que reinen en ellas diferentes climas. Algunas tierras, como las inmediatas á las costas, son cálidas y por lo comun húmedas y malsanas: otras, como casi todas las interiores, son templadas, secas y sanas. Estas son demasiado altas y aquellas demasiado bajas. En unas reinan los vientos del Sur, en otras el Levante, en otras el Norte. El mayor frío de todos los puntos habitados no llega al de Francia ni aun al de Castilla, ni el mayor calor puede compararse con el de Africa, ni con el de la canícula en algunos pueblos de Europa. La diferencia entre el verano y el invierno es generalmente tan pequeña, que muchas personas usan la misma ropa en Agosto y en Enero. Todo esto y lo que he dicho en otra parte acerca de la benignidad y suavidad de aquel clima, es tan notorio, que no necesitamos de citas ni de argumentos para probarlo.

Mr. de Paw, para demostrar la malignidad del clima de América, alega: 1.º la pequeñez y la irregularidad de los animales: 2.º la corpulencia y la enorme multiplicación de los insectos: 3.º las enfermedades de los americanos y especialmente el mal venéreo: 4.º los defectos de su constitución física: 5.º el exceso del frío en algunos países de América, con respecto á los del antiguo continente, situados á igual distancia de la Línea Equinoccial.

Ahora bien, la supuesta pequeñez y la menor ferocidad de los animales americanos, de que hablaré despues, léjos de demostrar la malignidad del clima, manifiestan su suavidad, si damos crédito al conde de Buffon, de cuyo testimonio se ha valido el mismo Mr. de Paw, en todo lo que dice contra Pernetty. Buffon, que en muchos pasajes de la Historia Natural alega la pequeñez de los animales americanos, como una prueba cierta de la malignidad del clima, dice en el tomo XI, hablando de los animales selváticos: "Como todas las cosas, y aun las criaturas más libres, están sujetas á las leyes físicas; y como los animales, igualmente que los hombres, están sometidos al influjo del cielo y de la tierra, parece que las mismas causas que han civilizado y suavizado la especie humana en nuestros climas, han debido producir los mismos efectos en las otras especies. El lobo, que es quizás el cuadrúpedo más feroz de la Zona Templada, es, por otra parte, incomparablemente ménos terrible que el tigre, el leon y la pantera de la Zona Tórrida, y que el oso blanco, el lobo cervical y la hiena de la Zona Fría. En América, donde el aire y la tierra son más blandos que en Africa, el tigre, el leon y la pantera solo tienen de terrible el nombre. Si la ferocidad unida á la crueldad, formaba parte de su naturaleza, no hay duda que han dégenerado, ó por mejor decir, han sufrido el influjo del clima: bajo un cielo más suave, su índole se ha amansado. De los climas extremosos

salen las drogas, los perfumes, los venenos y todas las plantas cuyas cualidades son fuertes y vehementes. Por el contrario, una tierra templada no da sino productos templados: á ella pertenecen las yerbas más dulces, las legumbres más sanas, los frutos más suaves, los animales más pacíficos y los hombres más tranquilos: porque la tierra influye en las plantas; la tierra y las plantas, en los animales; la tierra, las plantas y los animales, en el hombre. Las cualidades físicas del hombre y de otros animales que se alimentan de otros animales, dependen, aunque más remotamente, de aquellas mismas causas que influyen en su índole y en sus costumbres. La mayor prueba que puede darse de que en los climas templados todo se templá, y de que todo es excesivo en los extremosos, es que el tamaño y la forma que parecen cualidades fijas y determinadas, dependen, como las cualidades relativas, de la acción que el clima ejerce. El tamaño de nuestros cuadrúpedos no puede compararse con el del elefante, el rinoceronte y el hipopótamo; las mayores de nuestras aves son harto pequeñas comparadas al avestruz, al condor y al casoar." Hasta aquí el conde de Buffon, cuyo texto he copiado, porque me ha parecido importante á mi propósito y contrario á lo que Mr. de Paw dice contra el clima de América, y á lo que el mismo Buffon escribe en otras partes.

Si pues los animales grandes y feroces son propios de los climas excesivos, y los pequeños y mansos de los templados, como dice el conde de Buffon; si la suavidad del clima influye en la índole y en las costumbres de los animales, mal deduce Mr. de Paw la malignidad del clima de América del menor tamaño y de la menor ferocidad de sus animales; ántes bien, de esto mismo debería inferir la suavidad de su clima. Si por el contrario, el menor tamaño y la menor ferocidad de los animales americanos, con respecto á los del antiguo continente, prueban su degeneración por la malignidad del clima, como dice Mr. de Paw, deberemos del mismo modo deducir la malignidad del clima de Europa, del menor tamaño y de la menor ferocidad de sus animales, comparados con los de Africa. Si algun filósofo de Guinea emprendiese una obra por el estilo de la de Mr. de Paw, con el título de *Recherches Philosophiques sur les européens* (Indagaciones filosóficas sobre los europeos), podría valerse del mismo argumento para censurar el clima de Europa y las ventajas del de Africa. "El clima de Europa, podría decir con las mismas palabras de su modelo, es demasiado opuesto á la generación de los cuadrúpedos, que allí son incomparablemente menores y más cobardes que en el nuestro. ¿Qué son el caballo y el buey, los mayores de sus animales, comparados con nuestros elefantes, con nuestros rinocerontes, con nuestros hipopótamos, con nuestros camellos y nuestras girafas? ¿Qué son sus lagartos comparados en intrepidez y tamaño con nuestros cocodrilos? Los lobos y los osos, las más temidas de sus fieras, parecen ovejas al lado de nuestros leones y tigres. Sus águilas y sus buitres son gallinas en comparación de nuestros avestruces." Omito otras bellas cosas que podrian decirse contra Europa, valiéndose de los mismos materiales y casi de las mismas expresiones de Mr. de Paw, por no hacer fastidiosa esta Disertación. Lo que aquellos dos escritores responderian al filósofo africano, respondo yo á cuanto ellos dicen; pues sus argumentos, ó no prueban que es malo el clima de América, ó demuestran que es malo el de Europa, ó á lo ménos inferior al de América.

De la escasez y pequeñez de los cuadrúpedos pasa Mr. de Paw al enorme tamaño y prodigiosa multiplicación de los insectos y otros animalillos dañosos. "La superficie de la tierra, dice, inficionada por la putrefacción, estaba inunda-

da de lagartijas, de culebras, de reptiles é insectos monstruosos por su tamaño y por la actividad de su veneno, los cuales sacaban jugos abundantes de aquel suelo inculto, viciado y abandonado á sí mismo, en que el jugo nutritivo se agriaba, como la leche en el seno de los animales que no ejercen la virtud propagativa. Las orugas, las garrapatas, las mariposas, los escarabajos, las arañas, las ranas y los sapos eran de una corpulencia gigantesca en su especie y se habían multiplicado más de lo que puede imaginarse. Panamá está infestada de culebras; Cartagena, de nubes espesas de enormes murciélagos; Porto Belo, de sapos; Suriñan, de kakerlaquis ó cucarachas; Guadalupe y otras colonias de las islas, de escarabajos; Quito, de piques ó niguas, y Lima, de piojos y chinches. Los antiguos reyes de México y los emperadores del Perú no hallaban otro medio de libérrar á sus súbditos de estos insectos que los devoraban, que el de imponerles el tributo de cierta cantidad de piojos que debían pagarles cada año. Hernán Cortés encontró sacos llenos de ellos en el palacio de Moteuczoma." Pero este argumento, lleno de falsedades y exageraciones, nada prueba contra el clima de América en general, ni en particular contra el de México. El haber algunas tierras en América, en que por ser cálidas, húmedas é inhabitadas, se hallan insectos grandes y que se multiplican excesivamente, probará, cuando más, que en aquella vasta parte del mundo hay algunos puntos inficionados por la putrefacción, pero no que el terreno de México y el de toda la América son fétidos, incultos, viciados y abandonados á sí mismos, como pretende desacertadamente Mr. de Paw. Si esta consecuencia fuera exacta, podríamos decir que el terreno del antiguo continente, es igualmente fétido y podrido, pues en muchos países de los que lo componen, hay una prodigiosa multitud de insectos monstruosos, de reptiles dañinos y de viles animalillos, como en las islas Filipinas, en las del océano Indico, en muchas partes del Asia meridional y de Africa, y aun en no pocos de Europa. Las islas Filipinas están infestadas de hormigas enormes y de murciélagos monstruosos; el Japon, de escorpiones; el Asia Menor y el Africa, de serpientes; el Egipto, de áspides; la Guinea y la Etiopia, de ejércitos de hormigas; la Holanda, de ratones; la Ukraina, de sapos, como el mismo Mr. de Paw asegura. En Italia, la campaña romana, cuya población es tan antigua, abunda en víboras; la Calabria, en tarántulas; las costas del mar Adriático, en nubes de mosquitos; y aun en la misma Francia, cuya población es tan antigua y tan grande, cuyas tierras están tan cultivadas y cuyo clima alaban tanto los franceses, apareció hace años, según el mismo conde de Buffon, una nueva especie de rata campestre, mayor que la comun, y que él llama *surmulot*, cuya especie se propagó excesivamente, con gran daño de los campos. Mr. Bazin, en el Compendio de la Historia de los insectos, cuenta setenta y siete especies de chinches en París y en sus contornos. Aquella gran capital, según Mr. de Bomare, hormiguea de tan enojosos bichos. Es muy cierto que hay puntos en América en que la muchedumbre de insectos y reptiles hace incómoda la vida; pero no sabemos que de resultas de su excesiva multiplicación se haya despoblado la más miserable aldea; á lo ménos no podrían citarse tantos ejemplos de despoblación por aquel motivo, como los que del antiguo continente refieren Teofrasto, Varrón, Plinio y otros autores. Las ranas despoblaron un lugar de las Galias, y otro en Africa las langostas. La isla de Giaro, una de las Cicladas, quedó despoblada por las ratas; Amiclas, cerca de Terracina, por las culebras; otro pueblo próximo á Etiopia, por los escorpiones y por las hormigas venenosas, y otro por las escolopendras; y más cerca de nuestros tiempos, los habitantes de la isla Mauricio estuvieron

próximos á abandonarla, de resultas de la extraordinaria multiplicación de los ratones, según me acuerdo de haber leído en un autor francés.

En cuanto al tamaño de los insectos y de los reptiles, Mr. de Paw se vale del testimonio de Mr. Dumont, el cual, en sus Memorias sobre la Luisiana, dice que las ranas de aquel país son tan grandes, que pesan 37 libras francesas, y que su horrendo clamor es muy semejante al de las vacas. Pero ¿quién podrá fiarse de aquel autor, sabiendo lo que dice el mismo Mr. de Paw, que todos los que han escrito sobre la Luisiana, desde Kenepin, Le Clerc y el Caballero Tonti, hasta Dumont, se han contradicho unos á otros? Yo, además, me maravillo que Mr. de Paw haya osado decir que no existen semejantes monstruos en el resto del mundo. Sé que ni en el antiguo continente, ni en el nuevo, existen ranas de 37 libras; pero existen en Asia y Africa serpientes, murciélagos, hormigas y otros animales de esta especie, de tan estupendo tamaño, que superan á cuantos se han descubierto hasta ahora en el Nuevo-Mundo. ¿En qué parte de América se ha visto una serpiente de 50 codos romanos, como la que enseñó Augusto al pueblo en los espectáculos, según afirma Suetonio, ¹ ó tan gruesa, como la que se mató en el Vaticano, en tiempo del emperador Claudio, de la que asegura Plinio, autor casi contemporáneo, que se le encontró un niño entero en el vientre? Sobre todo, ¿cuándo se ha visto, aun en los bosques más solitarios de América, una serpiente que se pueda comparar, bajo ningún aspecto, con la enorme y prodigiosa de 120 piés, vista en Africa en tiempo de la primera guerra Púnica, destruida con máquinas de guerra por el ejército de Atilio Régulo, y cuya piel y quijadas se conservaron en un templo de Roma, hasta la guerra de Numancia, como testifican Livio, Plinio y otros historiadores? Sé que algun escritor ha dicho que en los bosques de América se hallan unas culebras gigantes, que con su aliento atraen á los hombres y los ahogan; pero también sé que lo mismo, y algo más, cuentan algunos historiadores antiguos y modernos de las serpientes de Asia. Megasthenes, citado por Plinio, dice que en aquellas regiones se hallan serpientes que tragan ciervos y toros enteros. ² Metrodoro, citado por el mismo escritor, afirma que en el Ponto había unas culebras que atraían con su aliento á los pájaros, por altos que estuviesen y por rápido que fuera su vuelo. Gemelli, en el tomo V de su Vuelta al Mundo, hablando de las islas Filipinas, dice así: "Hay serpientes en aquellas islas, de desmesurado tamaño. Hay una, llamada Ibitin, que se cuelga por la cola del tronco de un árbol, y espera que pasen ciervos, jabalies y aun hombres, para atraerlos á sí violentamente con el aliento y devorarlos enteros." Bien se ve por todo esto que aquella antiquísima fábula ha sido comun á uno y otro continente.

Mr. de Paw querrá quizás responder que aquellos monstruosos animales se veían en el antiguo continente, cuando aun no se había perfeccionado su clima. Pero, si se compara lo que escribieron los antiguos con lo que ahora sabemos del Asia y Africa, ¿quién negará que el clima de aquellos países es el mismo que era hace 2,000 años, con el mismo calor, la misma humedad y las mismas producciones animales y vegetales? Además, que aun en nuestros tiempos se

¹ In Octaviano Cesare.

² Megasthenes scribit, in India serpentes in tantam magnitudinem adolescere, ut solidos hauriant cervos, taurosque. Metrodorus, circa Rhyndacum amnem in Ponto, ut supervolantes quamvis alte, perníciterque alites haustu raptas absorbeant. Nota est in Punicis bellis ad flumen Bagradam á Regulo Imper, balistis, tormentisque, ut oppidum aliquod, expugnata serpens CXX pedum longitudinis. Pellis ejus maxillæque usque ad bellum Numantinum duravere Romæ in templo. Faciunt his fidem in Italia appellatæ boæ in tantam amplitudinem exeuntes, ut Divo Claudio principe, occisæ in Vaticano, solidus in alvo spectatus sit infans." Plin. Hist. Nat. lib. VIII, cap. 14.

ven allí varias suertes de animales de extraordinarias dimensiones, que superan á los de la misma especie en el nuevo continente. ¿En qué país de América encontrará Mr. de Paw hormigas que puedan compararse con las llamadas *sulum* en las islas Filipinas, de las cuales afirma el Dr. Hernandez que tienen seis dedos de largo y uno de ancho? ¿Quién ha visto en América murciélagos tan gruesos como los de las islas Borbon, Ternate, Filipinas y los de todo el archipiélago Indico? El mayor murciélago de América, propio de ciertas tierras cálidas y sombrías, que es el que el conde de Buffon llama *vampiro*, es, según él mismo, del tamaño de un pichon: la *rougette*, una de las especies de Asia, es tan grande como un cuervo, y la *roussette*, otra especie de Asia, como una gallina. Sus alas tienen de punta á punta tres piés de Paris, y según Gemelli, que las midió en Filipinas, seis palmos. El conde de Buffon confiesa el exceso de tamaño en los murciélagos asiáticos, pero les niega el del número. Gemelli, testigo ocular, dice que los de la isla de Luzon eran tantos, que cubrían el aire, y que el rumor que hacían con los dientes, al comer las frutas de los bosques, se oía á distancia de tres millas. Lo mismo confirman muchas personas fidedignas que han residido largos años en aquellas islas. El mismo Mr. de Paw dice, hablando de las serpientes, que "no se puede afirmar que en el Nuevo-Mundo se hayan encontrado tan grandes como las que vió Adanson en los desiertos de Africa." La mayor serpiente hallada en México, después de las más diligentes investigaciones hechas por el Dr. Hernandez, tenía 18 piés de largo; mas esta no es comparable con la de las Molucas, de la que dice Mr. de Bomare que tiene 32 piés de largo, ni con la Anacandaya de Ceilan, que, según él mismo, tiene 33 piés, ni con otras de Asia y Africa, citadas por el mismo autor. Finalmente, el argumento sacado de la muchedumbre y tamaño de los insectos americanos, es casi tan débil, como el que se deduce de la pequeñez y escasez de los cuadrúpedos, y en uno y otro se muestra la misma ignorancia y el mismo voluntario olvido de las cosas del antiguo mundo.

En cuanto á lo que dice Mr. de Paw acerca del tributo de piojos que se pagaba en México, descubre su mala fé, como en otras muchas cosas. Es cierto que Cortés halló sacos de piojos en los almacenes del palacio del rey Axayacatl: también es cierto que Moteuczoma impuso aquel tributo, pero no á todos sus súbditos, sino á los mendigos; y no porque la excesiva multitud de aquellos insectos los devoraba, como dice Mr. de Paw, sino porque Moteuczoma, que no podía soportar el ocio en sus vasallos, quiso que hasta aquella gente miserable, que no podía trabajar, se ocupase en quitarse de encima aquella asquerosa molestia. No influiría poco en aquella medida la gran afición de aquel monarca al orden y al aseo. Tales eran los motivos de aquel extravagante tributo, como afirman Torquemada, Betancourt y otros historiadores, y á nadie se le ha ocurrido hasta ahora la interpretación de Mr. de Paw, con la cual creía sin duda dar mayor peso á sus opiniones. Por lo demás, aquellos inmundos insectos abundan en los cabellos y en la ropa de los mendigos americanos, como en los de la gente miserable de todos los países del mundo, y no hay duda que si algun soberano de Europa exigiese aquella contribucion de los pobres de sus dominios, podría llenar fácilmente, no digo sacos, sino fragatas enteras.

Finalmente, reservando para otra disertacion el exámen de las pruebas del clima de América, fundadas en las dolencias y en los defectos de la constitucion física de los americanos, en la cual demostraremos los errores y las preocupaciones pueriles de aquel escritor, vengamos á lo que dice sobre el exceso del frio en los países del Nuevo-Mundo, con respecto á los del antiguo, situa-

dos á igual distancia de la línea Equinoccial. "Comparando, dice, las experiencias hechas con los termómetros en el Perú, por los señores de la Condamine y D. Juan de Ulloa (no se llamaba Juan, sino Antonio), con las del infatigable Adanson en el Senegal, se puede fácilmente inferir que el aire es ménos cálido en el Nuevo-Mundo que en el antiguo. Calculando con la mayor exactitud posible la diferencia de temperatura, creo que será de 12 grados de latitud: esto es, que hace tanto calor en Africa á 30° del Ecuador, como á 18° de la misma línea en América. El licor no ha subido á tanta altura en el termómetro, ni en el Perú, ni en el centro de la Zona Tórrida, como en Francia en el mayor calor del verano. Quebec, con estar á la misma altura polar que Paris, tiene incomparablemente un clima más áspero y más frio que esta capital. La misma diferencia se nota entre la bahía de Hudson y el Támesis, que están á la misma latitud."

Aun cuando concediésemos todo esto, nada se inferiría en contra del clima de América. ¿Por qué se ha de deducir la perversidad de aquel clima de exceso del frio en América, y no se deducirá más bien la perversidad del clima del antiguo continente del exceso del calor en los países situados á igual distancia de la línea? No se podrá sacar ningun argumento contra América, que los americanos no puedan emplear contra Europa y Africa. Pero lo principal es que las observaciones hechas hasta ahora no bastan á establecer, como principio general, que los países del Nuevo-Mundo son más frios que los del antiguo, situados á la misma latitud; y mucho ménos para creer, como cree Mr. de Paw, que haya tanto calor en el antiguo, á 30° de latitud polar, como á los 18° en el nuevo. Si esto fuera verdad, sería en América tan intenso el frio á los 67° de latitud como á los 80° en el continente antiguo. Ahora bien, Mr. de Paw dice que el frio del antiguo continente en Noviembre, más allá de los 80°, es tan perjudicial al hombre, que destruye la vida; ¡y no la destruiría en América más allá de los 67°! ¿Cómo, pues, afirma el mismo que en el país de los Esquimales se hallan habitantes más allá del 75°? Y si los débiles americanos pueden subsistir en aquella latitud, debemos creer que los fortísimos europeos serian capaces de resistir al frio de los 80°. Además, si aquel principio fuera cierto, haria tanto calor en Jerusalem, situada á poco ménos de 32°, como en la Veracruz que está á poco ménos de 20°; lo que nadie, si no es Mr. de Paw, es capaz de pensar. Igualmente podrian inferirse otros despropósitos, especialmente si se adoptase el cálculo del Dr. Michel, el cual, según dice el Dr. Robertson, concluyó después de treinta años de observaciones, que la diferencia entre el clima del Nuevo-Mundo y el del antiguo, es de 14 á 15 grados: esto es, que hace tanto calor en los países del antiguo continente, que están á los 29 ó á los 30°, como en los del nuevo que están á los 15. Es cierto que así como hay muchos países en América más frios que otros del mundo antiguo, igualmente distantes de la línea Equinoccial, así hay otros mucho más cálidos. Agra, capital del Mogol, y el puerto de Loreto en las Californias, se hallan en la misma latitud, y sin embargo, no es comparable el calor de aquella ciudad asiática con el de este puerto americano. Hue, capital de la Cochinchina y Acapulco, están á igual distancia de la línea, y el aire de Hue es fresco, comparado con el de Acapulco. Más falsa es aún, y más improbable, la otra proposicion de Mr. de Paw, á saber: que en el centro de la Zona Tórrida no sube á tanta altura el termómetro, como en Paris, en lo más fuerte del verano. Si esto fuera cierto, la diferencia entre el clima europeo y el americano, no sería solo de 12 grados, como dice Mr. de Paw, sino de 49, cuanta es la diferencia de latitud entre el centro

de la Zona Tórrida y Paris. Es cierto que en virtud de las observaciones hechas en Quito y comparadas con las hechas en Paris, el calor de aquella ciudad equinoccial no llega nunca al de Paris en el verano; pero tambien es cierto, segun las observaciones hechas por los mismos académicos con los mismos termómetros en la ciudad de Cartagena, que no es el centro de la Zona Tórrida, sino al 10° de la línea, que el calor ordinario de esta ciudad es igual al mayor de Paris, como lo asegura D. Antonio de Ulloa, uno de los observadores.¹

Son muchas las causas que, además de la proximidad ó distancia de la línea, influyen en el calor y en el frío. La elevacion del terreno, la proximidad de alguna alta montaña cubierta de nieve, la abundancia de lluvias, etc., contribuyen á aumentar la frialdad del ambiente; y por el contrario, la depresion del terreno, la escasez de agua, los arenales, etc., aumentan el calor. Ciudad Real, capital de la diócesis de Chiapa, por estar situada en un punto alto, es fria, y Chiapa de los Indios, poco distante de allí, es calidísima, por estar en un punto bajo. Chalchicomula, villa grande, al pié de la altísima montaña de Orizaba, es fria, y Veracruz, en la misma latitud, es sumamente calorosa; y, lo que es más, siendo frio el aire de Ciudad Real, en la latitud de 16½°, es caliente el de Loreto, en Californias, á 25½°.

Las mismas observaciones de Mr. de Paw convencen que el clima de América no es tan vário como el de Europa, y que los habitantes del Nuevo-Mundo no pasan, como la mayor parte de los del antiguo, de un frio excesivo á un calor intolerable. Cuanto más uniforme es el clima, tanto más se acostumbran á él los hombres, y tanto más fácilmente evitan los perniciosos efectos que ocasiona la mudanza de temperatura. En Quito no sube el termómetro tanto como en Paris en verano; pero tampoco baja tanto como en los países más templados de Europa, en invierno. ¿Qué se puede desear más en un clima que un temple en el aire, igualmente distante de uno y otro extremo, como el de Quito, y el de la mayor parte del territorio mexicano? ¿Qué clima puede haber más benigno y más favorable á la vida, que aquel en que se goza todo el año de los deleites del campo; en que la tierra se ve siempre adornada de yerbas y flores, los campos cubiertos de grano, y los árboles cargados de fruta; en que los rebaños, sin necesitar del trabajo del hombre, tienen bastante con lo que les da la Providencia, sirviéndoles el cielo de techo para resistir á la inclemencia de las estaciones? Ni la nieve, ni el hielo, obligan al hombre á vivir entumido al lado del fuego; ni el ardiente calor del estío lo arroja de las ciudades, sino que experimentando siempre la acción benigna de la naturaleza, goza indiferentemente en todas las estaciones de la sociedad en las poblaciones, y de las delicias de la naturaleza en el campo. Esta es la idea que tienen los hombres de un buen clima, y por esto los poetas, queriendo ensalzar en sus versos algunos países, decian que reinaba en ellos una perpétua primavera, como Virgilio hablando de Italia:—

Hic ver assiduam, atque alienis mensibus aestas,
Bis gravidæ pecudes, bis pomis utilis arbor.

y Horacio de las islas Fortunadas:—

Ver ubi longum, tepidasque præbet
Jupiter brumas.

¹ En el año de 1735 se mantuvo el termómetro de Mr. Reaumur, en Cartagena, á 1,025½°, sin otra variacion que la de bajar tal cual vez á 1,024, ó subir á 1,026. En Paris, el mismo año, no subió á más de 1,025½° en el mayor calor del verano.

Así representaban los antiguos los Campos Eliseos, y aun en los libros santos, para darnos alguna idea de la Jerusalem celeste, se dice que no se siente en ella frio, ni calor.

El P. Acosta, á cuya Historia da Mr. de Paw el título de obra excelente, que era práctico en los climas de ambos continentes, y que por no ser muy parcial de América, no debía tener gran interes en exagerar sus preeminencias, dice, hablando de su clima: "Viendo yo la dulzura del aire y la suavidad del clima de muchos países de América, donde no se sabe qué cosa es invierno que moleste, ni verano que angustie; donde una estera basta para preservarse de la intemperie de las estaciones; donde apenas se necesita mudar de ropa en todo el año: considerando yo todo esto, me ha parecido muchas veces, y lo mismo pienso hoy, que si los hombres quisieran desembarazarse de los lazos que les tiende la codicia y dejar ciertas pretensiones inútiles y enojosas, podrian llevar en América una vida tranquila y agradable; porque lo que los poetas cantaron de los Campos Eliseos y del famoso valle de Tempe, y lo que Platon referia, ó fingia, de su isla Atlántida, se halla reunido en aquellas tierras." Lo mismo que Acosta, dicen de América algunos historiadores, y particularmente de México y de las provincias circunvecinas, cuyos países mediterráneos, casi desde el istmo de Panamá hasta los 40° de latitud (pues los de más allá no se han descubierto) gozan de un aire benigno y de clima favorable á la vida; excepto algunos puntos, que ó por su depresion son cálidos y húmedos, ó por su demasiada elevacion son de un clima áspero. Pero ¡cuántos no hay en el mundo antiguo ásperos y dañosos!

DE LAS CALIDADES DEL TERRENO DE MÉXICO.

"Lo cierto es, dice Mr. de Paw, que la América en general ha sido, y es hoy día, un país demasiado estéril." Lo que sí es cierto es que esta proposicion general es una falsedad insigne, y si quiere convencerse de ello, infórmese de los muchos alemanes que han estado recientemente en América, y residido allí algunos años, y ahora se hallan en Austria, en Bohemia, en el Palatinado del Rhin, y aun en la misma Prusia; ó si no, lea de nuevo la excelente obra del P. Acosta, y encontrará en el libro II, cap. 14, que si hay alguna tierra á que convenga el nombre de paraíso, es la de América. Esto dice un europeo docto, juicioso, imparcial, nacido en España, uno de los mejores países de Europa; y hablando en el libro III de los del imperio mexicano, dice "que la Nueva-España es uno de los mejores países de todos cuantos alumbrá el sol." Ciertamente no hablaria así de América en general, ni en particular de la Nueva-España, bajo cuyo nombre comprende toda la América Septentrional dominada por los españoles, si la América fuera un país estéril. No hablan de otro modo de aquellas regiones, y con especialidad de México, otros muchos europeos, cuyos testimonios omito, por no dar fastidio á los lectores.¹ Por la misma razon dejo aparte lo que el mismo Mr. de Paw escribe contra otros países del Nuevo-Mundo; pues sería imposible examinar las razones que alega sobre cada uno

¹ Tomás Gage, oráculo de los ingleses y de los franceses, en cuanto es relativo á la América, hablando de México, dice: "En México no falta nada de lo que puede constituir la felicidad de un pueblo; y si los escritores que han empleado sus plumas en alabar las provincias de Granada en España, y de Lombardia y Toscana en Italia, que convierten en paraísos terrestres, hubieran visto este Nuevo-Mundo y la ciudad de México, pronto se retractarian de todo lo que han dicho acerca de aquellos países." Esto dice de México aquel autor que no sabe hablar bien de nada.